

porque aún no habían ido a buscarle. Así que le acompañé en el paseo un rato y entonces fue cuando me contó que él estaba en el partido y en la política por razones morales, pero que en realidad lo que quería era ser escritor. Ser escritor es algo que sueña mucha gente, pero que lo consigue poca, ¿no? Pero él no iba desencaminado, porque unos meses después creo que fue cuando le dieron el premio Formentor, por *El largo viaje*; o sea, que tenía razón. Y ahí lo tienes, hasta ahora.

– *¿Y usted? ¿Cuándo y cómo sintió, por primera vez, la vocación literaria?*

– Casi todo lo que uno quiere ser en la vida, lo quiere ser por imitación: un niño que sueña ser pintor o futbolista lo hace para parecerse a un pintor o un futbolista a quienes admira, le gustaría hacer lo que ellos hacen, ver sus cuadros en los mismos museos o meter goles en los mismos estadios. Y con la literatura pasa igual. Yo empecé a leer muy pronto, y aunque la economía de mi familia no era muy buena, fui reuniendo poco a poco una modesta colección de poesía, que seguramente no llegaba ni a los veinte volúmenes, pero que yo releía una y otra vez. Ese deseo de escribir por el que me preguntas se fue formando en mí a medida que el placer que sentía como lector aumentaba. Me acuerdo, por ejemplo, de haber notado algo que no había sentido nunca, mientras leía al marqués de Santillana, de tener la impresión de que aquello era lo más hermoso que podía hacerse en la vida, aunque creo que en ese instante aún lo miraba desde fuera, como espectador, igual que uno puede ver un cuadro de Velázquez o escuchar a Mozart, con admiración y es posible que incluso con un poco de envidia, pero sin decirte: yo puedo hacer eso también, o por lo menos voy a intentarlo. Eso ocurrió más adelante, cuando empecé a leer a Juan Ramón Jiménez, a Rubén Darío, a García Lorca y el resto de los autores de la Generación del 27. En ese momento sí que pensé que me gustaría escribir, no para publicar, sino sólo como un modo de placer o de necesidad personal. Y de hecho tardé mucho en ense-

**«Mi vocación literaria creo que empezó
a manifestarse mientras
leía al marqués de Santillana»**

ñarle lo que hacía a alguien. Ese alguien fue mi amigo Carlos Bousoño, que ya era un poeta de cierto prestigio.

– *¿Cuál fue su reacción?*

– Pues me animó muchísimo y siempre se lo agradecí. Me dijo que lo que yo escribía le gustaba, que yo tenía una voz poética y que debía seguir trabajando. También se ofreció a enseñarle algunos de esos poemas a Vicente Aleixandre. Ese aliento de Bousoño fue muy importante y yo creo que, en gran medida, es lo que me hizo empezar a pensar en mí mismo como escritor. Tal vez influyó también el hecho de que yo estaba seguro de que Carlos no iba a engañarme, que iba a decirme sinceramente lo que pensaba de mis poemas, porque éramos amigos desde niños, jugábamos en las mismas calles de Oviedo y hasta compartíamos mi bicicleta a menudo, así que no tenía ninguna necesidad de ser hipócrita, ni de mentirme. A lo mejor si otra persona de menos confianza me dice lo mismo, yo hubiera pensado: no es cierto, lo hace sólo por pura cortesía. Pero con Bousoño no cabía ni remotamente esa posibilidad en lo personal, y además, también valía su peso en oro en lo profesional, porque él era ya un crítico muy importante, así que aquel juicio tan positivo que hizo de mis cosas tuvo para mí un valor doble y fue un respaldo tan firme que empecé a tomarme en serio como poeta.

– *Y pronto empezó a publicar y a leer en público sus poemas. Por cierto que sus recitales siempre son multitudinarios, la gente acude a oírle, le lleva sus libros para que se los dedique, y cuando va a alguna feria, es de los pocos poetas a los que se les agolpa el público en las casetas de firmas. Usted que ha vivido los tiempos de penuria cultural en que empezó a publicar, disfrutará mucho de su éxito actual.*

– Claro, por supuesto, y no sólo por lo que supone para mí, sino por lo que representa como síntoma, como señal de que ya no somos aquel país sin ganas, ni preparación, ni medios para dedicarse a leer. Las cosas han cambiado mucho, desde luego.

«El aliento de Bousoño fue muy importante y en gran medida es lo que me hizo pensar en mí mismo como escritor»

Antes, publicabas un libro de poemas y si vendías doscientos ejemplares podías darte por satisfecho. Y no había, ni por asomo, la cantidad de lecturas y actos culturales que hay ahora en cualquier ciudad, a diario. Yo recuerdo la primera lectura en público que hice en mi vida, que fue en el pueblo asturiano de Tapia de Casariego, famoso por sus mariscos, y te puedo decir lo que me pagaron por la actuación: un centollo.

– *¿Le pagaron en género? ¿Y qué hizo con su sueldo?*

– Pues qué iba a hacer: les dije que, si no les parecía mal, lo preparasen allí mismo y nos lo comíamos entre todos. Y así fue.

– *Vaya, hoy día no me imagino a un escritor compartiendo sus honorarios con los asistentes a sus conferencias...*

– Bueno, pero es que ahora los escritores, como todo el mundo, tienen que pagar hipotecas muy altas, porque como España se ha convertido en un país de propietarios... Antes, nos conformábamos con comer cada día. Y, en cualquier caso, yo tengo un montón de amigos poetas que están siempre dispuestos a gastarse lo que ganan invitándote a comer o a tomar unas copas.

– *Es que sus amigos le quieren mucho, no hacen más que hablar bien de usted. ¿Es Ángel González, en su opinión, una persona tan buena como todo el mundo dice que es?*

– No creo, no sé. Puede que tengan tan buena opinión de mí porque me conocen poco. No, en serio, yo no tengo ninguna vocación de santidad, ni nada por el estilo, pero lo que sí he intentado toda mi vida es no hacerle mal a nadie. Bastante mal les va a hacer ya el resto del mundo, además, como para que encima yo le añada leña al fuego. En cualquier caso, a mí me parece más difícil ser malvado que bueno, y sinceramente creo que si realmente hay algo de angelical en mí eso no me hace ser ninguna excepción, porque siempre he estado rodeado de gente buena, personas que te ayudan, te tratan bien, te cuidan si lo necesitas. Y aunque sin duda habrá otros a quienes, con todo el derecho del mundo, podamos gustarle menos yo o mi poesía, tampoco se han tomado

«En la primera lectura en público que hice en mi vida, en Tapia de Casariego, me pagaron con un centollo»

la molestia, por lo general, de atacarme a fondo, ni de perder el tiempo en desacreditarme, así que, por un lado y por el otro, he tenido suerte en eso.

– *Pero usted es un pesimista que no parece tener grandes esperanzas en el género humano. Ni siquiera ha querido tener hijos...*

– No, esas son decisiones importantes que uno toma y yo la tomé en su momento, es verdad. Pero las razones pueden ser de muchas clases. Cada uno ve la vida a su modo y decide qué compromisos quiere adquirir y cuáles no. Aunque a mí los niños me gustan, y yo les gusto a ellos, según he comprobado. Soy un buen tío postizo, me parece.

– *¿Tiene todo eso algo que ver con su carácter nostálgico y su poca fe en el futuro?*

– Quizá sea así. He escrito muchos poemas sobre la rutina del tiempo, sobre la igualdad de muchos días, Pero también otros que tratan de salvarse de la nostalgia, porque para mí, y de acuerdo con mi propia experiencia, no es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor: al contrario, fue peor, muchísimo peor.

– *«Te llaman porvenir porque no vienes nunca», dice uno de sus versos.*

– Sí, pero ese verso tiene un trasfondo filosófico, pero también social y político: por una parte, la esperanza quizá es lo último que se pierde, pero a menudo es también lo más difícil de satisfacer, porque lo que suele ocurrir es que no venga nunca lo que esperamos que venga. Pero en la época en que está escrito también describe un estado de rendición colectiva, habla de los días intercambiables en los que no pasaba nada de lo que yo, entre otros muchos millones de españoles, quería que pasase: que cambiara este país y que se acabara con la dictadura.

– *¿Y ése era un deseo tan poderoso que le llevó a usted de la reflexión a la acción, a la militancia en unas ideas. En su poema «El pensador» parece regañar a los intelectuales que se quedaban dentro de los libros y fuera de la realidad.*

«No es cierto que cualquier tiempo pasado fuese mejor: al contrario, fue peor, muchísimo peor»